

Juan Pablo II, varón glorioso. (1920-2005)

“Alabemos a los varones gloriosos y a nuestros padres (...). Grande gloria les confirió el Señor” (Eclo 44,1-2).

Las palabras del Eclesiástico invitan a la reflexión sobre la vida de los hombres que se han hecho famosos, porque han colaborado con el Señor y cumplieron correctamente la misión que Él les encargó. Esta idea del Eclesiástico aparece recogida por Jesús, que dice: “No se enciende una lámpara y la ponen bajo el celémín, sino en el candelero, para que ilumine a todos los que están en casa”. (Mt 5,15).

Así fue Juan Pablo II, un varón glorioso. Su vida era una luz que alumbraba a todos los que lo conocían. Es difícil encontrar otra persona en la historia del S. XX tan famosa y aceptada por toda la humanidad como Juan Pablo II. La cantidad de monumentos, placas conmemorativas, nombres de calles, hospitales, colegios, albergues de peregrinos y otras instituciones dedicadas a la persona de Juan Pablo II, tanto en Polonia como en otros países del mundo, invita a una reflexión profunda. Llegando a Cracovia en Avión, lo primero que se presenta a la vista es el nombre del aeropuerto: “Juan Pablo II”. ¿En qué consistía el fenómeno de maduración del joven de Wadowice, por el que logró esa excepcional fuerza espiritual y autoridad moral?

1- Hombre y humanista

El pequeño Karol Wojtyla no tuvo la suerte de disfrutar mucho tiempo de la presencia de su madre, que falleció cuando él tenía 9 años. Este hecho fue muy fuerte para él. Es fácil entender que su corazón, necesitado del amor de su madre, se orientara hacia el segura amor hacia la madre de Dios. Lo manifiesta más adelante cuando, con su lema episcopal ‘Totus Tuus’ se le ve totalmente confiado a la protección de la Virgen Santísima. Ella seguirá siendo su apoyo y su fuerza hasta el final de su vida. Creció preocupado, desde su temprana infancia, por la educación y la adaptación para la vida. Esta formación en el orden humano coincidió con el difícil período de la I a la II Guerra Mundial. Tales dificultades se acentuaron durante la II Guerra Mundial. El trabajo en la cantera y posteriormente en la fábrica química Slovay, le hizo sentir la pesadez del cansancio y la fatiga como obrero. Al mismo tiempo, este trabajo le permitía estudiar sin que este tiempo de temor y escasez de recursos dejara de ser el momento en que asimilaba la ciencia. El Cardenal metropolitano de Cracovia de aquella época, Adam Stefan Sapieha, buen conocedor de los valores de Karol, lo ocultó en los muros de su curia Metropolitana, calle Franziskanska 3. Allí, el joven Wojtyla encontró refugio ante la agresividad de los ocupantes nazis de Alemania. Y más tarde, siendo ya seminarista, se preparó clandestinamente para el sacerdocio. Como sacerdote cumplió sus obligaciones pastorales, haciéndolas compatibles con otras tareas. Estaba siempre disponible para los jóvenes, pasaba las vacaciones con algunos en las canoas, iba de excursión con otros a las montañas; siempre con la intención de ayudarles. En su famoso libro *Amor y responsabilidad*, demostró su sensibilidad hacia el hombre y también valoró su dignidad. Dignidad que fue objeto de luchas durante su ministerio episcopal y más tarde, siendo papa. Como Obispo

de Cracovia se había opuesto duramente al sistema del totalitarismo soviético, que anulaba la dignidad del campesino y del obrero polacos (la paradoja del comunismo soviético consistía en que buscaba teóricamente el bien del obrero y del campesino, pero se limitaba en la práctica a un pequeño grupo de personas que se había apoderado del poder). El Cardenal Wojtyla rompió la barrera de la regla, practicándola también en Polonia, que consistía en la construcción de nuevas ciudades sin iglesias, como por ejemplo, la ciudad de Nowa Huta, en contraposición a la católica Cracovia. Como Papa, trabajó cuando pudo por la supresión de este sistema esclavista que aterraba gran parte de Europa. Promovió siempre el respeto a la persona humana sin excepción, el respeto a la vida desde la concepción hasta su muerte natural, y el derecho a disponer de los bienes necesarios para vivir. Comprendió al hombre y jamás olvidaba reclamar su fundamental derecho a la libertad. Juan Pablo II evidenció su madura humanidad tanto en los años de su ministerio episcopal como en los de sus servicio petrino. Recalcaba siempre la dignidad de la etapa final de la vida y del momento de la muerte. Esto cobra relevancia en los tiempos actuales en lo que el tema de la muerte es rechazado, al margen de la existencia humana. De ahí que esta gran humanidad de Juan Pablo II fuera subrayada en el inicio del mismo de su proceso de beatificación.

2- Su espiritualidad recia

Mis encuentros con Juan Pablo II fueron, en síntesis, un evento histórico, pero ante todo, una gracia de Dios. Sería bueno recordar aquí las palabras de Jesús: “Al entrar a la ciudad os saldrá al encuentro un hombre (...), seguidle” (Lc 22,10). Toda persona trae consigo al mundo un conjunto de predisposiciones psico-físicas, llamadas por la psicología temperamento. La persona, con este don de Dios, y merced al entendimiento y a la libertad, va plasmando en su interior su propia personalidad, su carácter. Karol Wojtyla tuvo un carácter fuerte. Su continua habilidad para aprovechar las propias cualidades estaba fundada en una fe profunda y en una oración constante. Su deseo de ingresar en la Orden carmelitana apunta a la necesidad de entregarse a la contemplación que vivía ya siendo joven. Sin embargo, tomó la decisión de ingresar en el Seminario Mayor Diocesano, secundando las orientaciones del Cardenal Stefan Sapieha. Entre sus múltiples ocupaciones, siendo seminarista, sacerdote, obispo y papa, siempre encontraba tiempo para la oración, que lo acercaba a Dios y a los hombres. A pesar del empeño por el bien de las naciones y los pueblos, jamás llegó a perder el equilibrio entre la vida espiritual y la actividad exterior. Es fácil percibir en él el anhelo y la preocupación por un permanente y profundo encuentro con Dios. Su intensa espiritualidad basada en San Juan de la Cruz, le permitía comprender también a quienes le ofendían y hasta buscaban su muerte (atentado del año 1981). Se ha sabido estos días que llegó a redactar una carta a Alí Agca, que no llegó a enviarle. En un tiempo de crisis de la autoridad y de tambaleo del sistema de valores religioso-morales, la espiritualidad de Juan Pablo II ha brillado como un foco de luz para el hombre contemporáneo, transformándole en la máxima autoridad moral de todo el mundo. Tanto su humanidad como su espiritualidad favorecieron una fuerte aclamación, a nivel mundial, de su santidad de vida.

3- Su ministerio pastoral fecundo

La confianza en las personas y la fe en sus sentido de responsabilidad, moldearon siempre la manera de ser y de actuar de Juan Pablo II. Siendo Obispo de Cracovia, y más tarde pastor de la Iglesia universal, no temió jamás predicar a favor de la justicia y de la paz, aprovechando toda ocasión para hacerlo en sus contactos con la gente.

La condición de la eficacia de su labor pastoral emergía, ante todo, del cuidado de su vida espiritual. Juan Pablo II comprendía perfectamente que el apostolado tiene, sobre todo, un carácter testimonial, para lo que es imprescindible la práctica de la ascesis y de la contemplación. Idea que se repite, porque es basilar en su vida.

Los frutos de su actividad pastoral maduraban gracias al dinamismo, tanto de su presencia, como de sus tareas, es decir, como logro de la contemplación y del trabajo. Con su palabra hablada y escrita, y con el ejemplo de su vida, infundía en la gente esperanza, e inculcaba confianza en el amor, en la misericordia de Dios y en la colaboración humana. Las frecuentes frases de Juan Pablo II: 'no tengáis miedo', 'abrid las puertas a Cristo', animaban a los jóvenes, mayores y pueblos atemorizados por la fuerza de las tinieblas. En su incansable labro pastoral se ganaba los corazones de la gente, cuando buscaba las 'ovejas' perdidas, olvidadas, perseguidas. Comprendía y transmitía el profundo sentido de la Palabra de Dios en el momento preciso en que Dios lo llamaba a ser testigo de la Buena Noticia, Sabía leer 'los signos de los tiempos', dando testimonio, continuamente de la tradición de la Iglesia insertada en la realidad actual. Libre de todos los intereses privados, atraía hacia sí a los que profesan otras religiones en el mundo.

La alegría, la jovialidad y hasta las bromas el Papa de los jóvenes eran paralelas en su apostolado a las exigencias a sí mismo y a los demás. Con su actitud modélica, sabía unir a la cristiandad dispersa, movilizándola en búsqueda del verdadero ecumenismo.

En los últimos años de su vida, cargado ya de enfermedades y sufrimientos, demostraba el sentido salvífico de la cruz de la edad avanzada, visitando a los enfermos y animando a los decaídos. Demostraba con ello, a su vez, el valor de la ancianidad en un mundo que pone en relevancia el vigor de la juventud y el bienestar a cualquier precio.

En sus múltiples viajes apostólicos logró reunir simultáneamente en la Eucaristía y en las celebraciones paralitúrgicas a millones de personas. Siendo peregrino y apóstol, visitó a lo largo de los 27 años de su pontificado, la mayor arte de las comunidades católicas del mundo, ayudándolas a profundizar en su conocimiento del Evangelio. Estos encuentros multitudinarios ponían de manifiesto la fuerza que brotaba de la unión de todos los reunidos en el nombre del Señor. La verdad en la caridad.

Juan Pablo II poseía el gran don de acompañamiento de los jóvenes. Les brindaba y al mismo tiempo recibía de ellos, cariño, amistad, felicidad. Los jóvenes, esperanza de la Iglesia y del mundo, tenían un lugar privilegiado en el corazón del Pontífice, porque son, a la vez, el rostro joven de la Iglesia Madre.

Enamorado de Dios y de su Madre Santísima, sumergido en la oración personal y litúrgica, nos dejó, como testamento, su gran amor a la Eucaristía. Su muerte tuvo lugar en el Año de la Eucaristía, proclamado por él en los meses de 2004 a 2005. La Eucaristía fue el alma de su vida y la vida de su alma. Por eso repetía en sus predicaciones que la Eucaristía no es un conjunto de gestos, sino la ofrenda purísima de Cristo a Dios por la salvación de todos los hombres.

La familia cristiana debe mucho a Juan Pablo II. Se puede decir, sin titubeos, que tras su paso por la vida, los corazones humanos laten más fuertemente al ritmo del amor. Juan Pablo II permanece en la memoria de la humanidad como un hombre maduro y bueno, como un gran sacerdote de alma limpia como un cristal, como pastor de devoción sana, paciente, incansable, acogedor...
¡Que bien los expresan estas palabras del Evangelio!: “Yo he venido a echar fuego a la tierra, ¿y qué he de querer sino que se encienda?” (Lc 12,49)

Vio la luz este artículo hace 5 años en la revista OTERO del Instituto Teológico del Seminario Mayor “San José” de Palencia; nº8, 69-72.

✠ **Rafael Palmero Ramos**
Obispo de Orihuela-Alicante